

**Carson McCullers y Klaus Mann:
dos libertarios místicos unidos contra el fascismo.
Crónica de su amistad y cooperación
en las páginas de la revista *Decision*.**

Natalia Izquierdo
Universidad Complutense de Madrid
España

0. Introducción:

Solo el egoísmo tiene patria. ¡La fraternidad no la tiene!

A. M. L. de Lamartine

«El universo está hecho de historias, no de átomos», escribió la poeta y activista norteamericana Muriel Rukeyser en unos versos con los que sus amigos comunes Carson McCullers y Klaus Mann hubieran estado enteramente de acuerdo. No en vano, el relato de la relación entre la novelista sureña y el escritor germano se asemeja a una de esas crónicas legendarias en las que, como Walter Benjamin diría, «la verdad no es un desvelamiento que anula el misterio, sino una revelación que le hace justicia» (Benjamin, 13). Dicha crónica arranca en plena II Guerra Mundial, concretamente unos días después de la firma del cese de las hostilidades entre las autoridades del Tercer Reich y los representantes del gobierno francés del mariscal Pétain, cuando ambos autores coincidieron azarosamente en una de las habitaciones del Hotel Bedford, conocido establecimiento neoyorquino convertido para entonces en uno de los centros neurálgicos del exilio alemán en Estados Unidos. Por aquellas mismas

fechas, Carson McCullers acababa de publicar su primera y exitosa novela, *El corazón es un cazador solitario*, a la par que, impelida por las dramáticas circunstancias de la época, se disponía a escribir una tercera¹ cuya trama iba a versar, inicialmente, en torno a un refugiado judío-alemán (McCullers, 2001: 52). Por su parte, Klaus Mann había comenzado a verter sus primeros textos al inglés, lo que le generaba una «angustiosa sensación de inseguridad» que agravaban las atroces noticias que llegaban de la Francia ocupada, en virtud de las cuales se decía a sí mismo que «una América que hubiese permitido el triunfo del fascismo estaría, a su vez, madura para el fascismo»² (Mann, 2007: 491-494).

Tras aquel primer y fugaz encuentro, la vida los reunió de nuevo en breve tiempo, aunque en este caso en calidad de integrantes de una efervescente y heterodoxa comuna de intelectuales y artistas enclavada en el revolucionario barrio de Brooklyn Heights, el mismo en el que el poeta Walt Whitman había escrito sus encendidos artículos abolicionistas y en el que el pastor Henry Ward Beecher había exigido el fin de la esclavitud y la implantación del sufragio femenino. En el seno de aquella herética y disidente comunidad fue donde terminó por fraguarse su amistad, la cual perduró en el tiempo incluso después de que Klaus Mann abandonara definitivamente dicho alojamiento y de que, a su vez, Carson McCullers comenzara a alternar su estancia en él con

¹ Aunque aún no se había publicado, la autora ya había concluido *Reflejos en un ojo dorado*, libro que la mítica revista *Harper's Bazaar* publicaría por entregas entre octubre y noviembre de aquel mismo año, si bien la firma Houghton Mifflin de Boston volvería a editarlo en un solo volumen apenas cuatro meses después.

² Entre los primeros textos que Klaus Mann escribió en dicha lengua destacan un ensayo sobre T. Masaryk, primer presidente de la República de Checoslovaquia, y el prólogo para *Amerika* de F. Kafka. Tanto para uno como para otro trabajo contó con la inestimable ayuda de su amigo Christopher Isherwood, autor de la célebre novela *Adiós a Berlín* (Mann, 2007: 494-495).

frecuentes visitas a Columbus, su ciudad natal, así como con largas temporadas en Yaddo, la célebre colonia de artistas sita en Saratoga Springs y dirigida por Elizabeth Ames en aquellos días³.

Pese a todo, hasta la actualidad, ni los estudiosos de la obra de la escritora norteamericana ni los del autor alemán han conferido demasiada importancia a esta amistad. De hecho, no solo ha pasado prácticamente desapercibida para la crítica, sino que entraña uno de los pasajes menos comentados de sus biografías. Sin embargo, como tendremos ocasión de comprobar a lo largo del presente ensayo, dicho vínculo resulta relevante por cuanto permite contemplar a ambos autores desde otra perspectiva. Y es que, gracias a la relación con Klaus Mann y los círculos intelectuales y artísticos en los que este se movía, la novelista norteamericana dejará de ser la depauperada y aislada joven de provincias que consagraba su vida a escribir en una humilde habitación del Greenwich Village, para convertirse en un miembro más de la contestataria y cosmopolita bohemia neoyorquina a la que el autor alemán pertenecía. Por su parte, a través del filtro de dicha amistad, el escritor germano aparecerá ante nosotros no como el esteta ateo, frívolo y transgresor, reluctante de la moral convencional, con que la crítica lo suele identificar, sino como un hombre profundamente atraído por el misticismo y la espiritualidad, para el que Dios era el origen de su propio impulso creador, así como quien investía a los humanos de una misión de envergadura metafísica que estos debían consumir

³ En plena caza de brujas contra los supuestos comunistas, el FBI abrió una causa contra la directora de dicha colonia, proceso durante el que, pese a encontrarse muy enferma, la novelista sureña testificó voluntariamente en defensa de esta.

en el aquí y el ahora del más acá, ya que, de no ser así, como en su autobiografía llegó a afirmar: «[N]uestra derrota sería también la Suya y nuestra mentira disminuiría Su verdad»⁴ (Mann, 2007: 525).

Del mismo modo, gracias al estudio comparado de las biografías de ambos, veremos cómo aun procediendo de dos continentes, dos países, dos culturas, dos lenguas y dos clases sociales diferentes, Carson McCullers y Klaus Mann compartían un ideario en el que el libertarismo era compatible con la religiosidad y el individualismo con el bien social, en tanto que el nacionalismo y el fascismo eran percibidos como dos manifestaciones de un mismo abismo. Dado que, para acabar con este último, ambos consideraban necesario romper previamente con el aislacionismo de Estados Unidos, resolvieron unir sus fuerzas en el mensuario *Decision*: revista literario-política de inspiración antifascista que el autor alemán fundó en los primeros años de la II Guerra Mundial. En ella, la novelista sureña publicó su primer poema, así como su conocido ensayo «El realismo ruso y la literatura del Sur», clave hasta hoy en día para entender su posicionamiento respecto a la corriente literaria del «gótico sureño» a la que su obra había sido adscrita⁵. Sin embargo, además de la obvia vertiente literaria sobre la que hasta ahora ha incidido la crítica, dicho ensayo presenta también una incuestionable dimensión política, sobre

⁴ En 1942, Klaus Mann publicó *The Turning Point: Thirty Five Years in This Century* (1942) –*El punto de inflexión. Treinta y cinco años en este siglo*–, memorias que, revisadas por el propio autor, aparecieron póstumamente en alemán bajo el título de *Der Wendepunkt* (1952). Por otro lado, en 2007 la editorial Alba las presentó en castellano como *Cambio de rumbo. Crónica de una vida*.

⁵ Considerada como un subgénero de la novela gótica europea por desplazar los elementos sobrenaturales y extraños por el tratamiento de la cuestión social, bajo la égida de dicha escuela la crítica ha situado la obra de, entre otros, Erskine Caldwell, Eudora Welty, William Faulkner, Flannery O'Connor, Truman Capote o Tennessee Williams.

todo cuando se le pone en relación con otros dos artículos que la autora publicó en la misma época y que aún no han sido traducidos al castellano pese a haberse conmemorado recientemente el centenario del nacimiento de esta. Gracias al estudio comparado de tales textos, el isomorfismo entre sueños y soviéticos establecido en las páginas del ensayo que la escritora publicó en *Decision* se revela también como un mecanismo político destinado a combatir el aislacionismo de Estados Unidos en un momento en que los habitantes de las estepas rusas eran invariablemente percibidos como peligrosos agitadores políticos que traían consigo la perturbadora amenaza del comunismo.

Por otro lado, en el presente trabajo defendemos que aquella incipiente tercera novela sobre un «judío de Alemania» que Carson McCullers estaba escribiendo cuando coincidió con Klaus Mann en una de las habitaciones del Hotel Bedford, terminó siendo finalmente un cuento que apareció tras su muerte en el volumen recopilatorio *The Mortgaged Heart* y en el que la autora rindió un sentido homenaje a su compañero: aquel refugiado político perseguido por el dolor del exilio y la extrañeza de verse arrojado a un medio intelectual en el que, en contra de lo que sugerían las apariencias, jamás se llegó a integrar (Mann, 2007: 52, 541). Pero, además de muestra de afecto y lealtad hacia Klaus Mann, dicho texto entraña, por extensión, el tributo de la escritora a todos los extranjeros que, tanto ayer como hoy, vagan a merced de su sufrimiento por continentes y océanos enteros con la esperanza de encontrar un mundo nuevo. De esta manera, la crónica de la que aquí vamos a ocuparnos resulta ser un breve pasaje del largo y utópico sueño que ambos compartieron;

un maravilloso cuento real que celebra la camaradería y la fraternidad como uno de los mayores prodigios de la existencia; pero, sobre todo, una llamada a la solidaridad con los exiliados que fueron y siguen siendo «testigos de la vergüenza que asola nuestra Tierra» (Brecht, 2006).

1. El Hotel Bedford: inesperado punto de encuentro entre una plebeya novelista sureña y unos cosmopolitas e ilustres extranjeros

Pocos días antes de convertirse en la revelación literaria de 1940, la joven Carson McCullers residía junto a su marido en Fayetteville, una pequeña y conservadora ciudad del Sur de Estados Unidos en la que la romántica y soñadora pareja había vivido unos primeros años de matrimonio sumidos en el aislamiento y la miseria (McCullers, 2001: 51). Sin amigos en la localidad, los sábados por la noche, los desamparados esposos abandonaban su destartalada vivienda⁶ para cenar en algún restaurante barato o comprar unos litros de jerez en alguna bodega, mas sin que Carson advirtiera todavía en Reeves ningún síntoma de la dipsomanía que, apenas unos meses después, la llevaría a separarse de él (McCullers, 2001: 51). Muy al contrario, durante dichas salidas, marido y mujer se dedicaban a mirar los coches aparcados con matrícula neoyor-

⁶ En *Iluminación y fulgor nocturno*, Carson sintetizó en estas líneas la estrechez en la que por entonces vivía: «Era una casa [...] dividida en pequeñas conejeras con tabiques de madera contrachapada y un solo baño para diez o más personas. En una habitación vecina a mi puerta había una niña enferma [...], que gritaba el día entero. El padre llegaba y le pegaba, y la madre lloraba. “Si pudiera irme de esta casa”, me repetía a mí misma, pero las palabras perdían sentido ante los gritos de la niña enferma y los esfuerzos inútiles que su pobre madre hacía por calmarla. No me gustaba nada tener que ir al retrete, pues el hedor allí era insoportable. Sé que si mis padres hubieran visto la miseria en que vivía, me hubieran ayudado, pero yo era demasiado orgullosa» (McCullers, 2001: 51).

quina, pues nada anhelaban más que poder vivir por fin juntos en la «mágica ciudad» en la que, por separado, los dos habían residido ya años atrás (McCullers, 2001: 51). Y ciertamente, no hubieron de esperar mucho para ello, pues, por aquellas mismas fechas, Carson recibió de la editorial Houghton Mifflin de Boston una importante suma de dinero en concepto de adelanto por la inminente publicación de su primera novela, *El corazón es un cazador solitario*. No obstante, como Reeves acababa de aceptar una invitación para timonear un barco hasta Nantucket, la novelista emprendió en solitario su ansiado viaje a Nueva York. Allí, gracias a la ayuda de una antigua conocida, se instaló en una modesta pensión del Greengich Village, donde el 4 de junio celebró la aparición de su libro completamente sola y aislada en su habitación. En las mismas circunstancias y en el mismo emplazamiento, fue también testigo de cómo la mayoría de las críticas –incluida la del *New York Times*–, alababan «la precisión de su estilo», su profundo conocimiento de la soledad humana y su capacidad para describir la atmósfera de las ciudades sureñas, cuya pobre y desheredada gente, similar a la de las novelas de Dostoievski, había sabido retratar con tanto lirismo, fuerza y verdad (Savigneau, 74).

Mientras tan elogiosas apreciaciones se sucedían, la joven narradora dedicó aquellos días de incomunicación y encierro en su humilde apartamento a trabajar en un nuevo relato cuya apenas perfilada trama iba a girar en torno a un exiliado judío-alemán (McCullers, 2001: 52). Con tal motivo, y sin conocerla personalmente de nada, le escribió una carta a la actriz y periodista alemana Erika Mann para que la aconsejara.

A propósito de la primogénita de Thomas Mann, conviene señalar que, en septiembre de 1936, esta se había refugiado en Estados Unidos con la esperanza de continuar allí la exitosa aventura europea de su iconoclasta cabaret antifascista *Die Pfeffermühle -El molinillo de pimienta-*, cuya fundación y dirección había motivado que, ya a mediados de los años 30, el régimen nazi la hubiera desnaturalizado⁷. Con dicho propósito, enseguida había alquilado un pequeño teatro en la quincuagésima sexta planta del histórico rascacielos Chanin Building, donde, no sin cierta precipitación, el 29 de diciembre de aquel mismo año el cabaret político-literario había sido reinaugurado. Pero, ya fuera porque este careciera en América de la tradición de la que gozaba en los *boulevards* parisinos y entre la bohemia múniquesa, ya porque la elección de un repertorio en dos idiomas –alemán e inglés– se revelara demasiado *outlandish* para la masa, ya porque hubiera sido necesaria una preparación más cuidada y un mayor esfuerzo económico para lograr una «*Pfeffermühle americanizada*», lo cierto es que, en Nueva York, los números, canciones y poemas que componían el espectáculo⁸ no despertaron ni «los aplausos frenéticos [...]», ni el silencio emo-

⁷ La familia Mann fue objeto de «distinciones especiales» en este sentido, ya que estuvo representada en las cuatro primeras listas de expatriados promulgadas por el nazismo. En la primera apareció el nombre de Heinrich Mann, cuya especial combatividad política, «inspirada, mágica y visionaria», mortificaba a la reacción alemana. El 1 de noviembre de 1934 le tocó el turno a Klaus Mann, quien, a su vez, había hecho todo lo posible por exasperar a los amos del Tercer Reich, quienes, por su parte, lo acusaron de «alta traición» y de haber llevado a cabo numerosas acciones «contrarias al Estado». En la tercera lista, los nazis incluyeron a Erika Mann, contra quien, ya exiliada en Suiza, organizaron «manifestaciones espontáneas» destinadas a boicotear su cabaret antifascista. En la cuarta, tras adherirse de manera inequívoca a la causa de los exiliados, Hitler dispuso que Thomas Mann, su esposa Katharina Mann –nacida Pringsheim–, y sus cuatro hijos menores –Angelus Gottfried Thomas (más conocido como Golo), Monika, Elisabeth y Michael Thomas fueran despojados de la nacionalidad alemana (Mann, 2007: 365-369).

⁸ Muchos de estos poemas, canciones y *sketches* eran obra de Klaus Mann: dramaturgo, actor y miembro también del cabaret.

cionado» que años atrás habían suscitado sus más de mil representaciones en Múnich, Zúrich, Praga o Ámsterdam, por lo que, en breve lapso, algunos de los miembros de la compañía la abandonaron, entre ellos su afamado compositor y pianista, Magnus Henning, y la prestigiosa actriz y cofundadora del cabaret, Therese Giehse (Mann, 2007: 439). No obstante, en pleno proceso de disolución del grupo de teatro, bajo los auspicios de la New School for Social Research, Erika había emprendido una breve y brillante gira a lo largo y ancho de todo el territorio norteamericano impartiendo vibrantes conferencias sobre el peligro alemán y la tragedia de los exiliados, durante la cual había tomado conciencia de que su arrolladora personalidad le resultaba enormemente atractiva al diverso y variado público estadounidense⁹ (Mann, 2007: 440). Prueba de ello es que, en poco tiempo, no sólo se había hecho un nombre como escritora y articulista, sino que gracias a su «presencia magnética» y a sus innegables «cualidades de orden moral e intelectual», se había convertido en una de las más célebres, solicitadas y aclamadas *lecturers* del continente¹⁰ (Mann, 2007: 441). Asimismo, debido a los muy estrictos cupos de inmigración vigentes entonces en Estados Unidos, para quienes en aquellos años los extranjeros representaban una carga y/o eran percibidos como enemigos políticos, Erika

⁹ Para formarse una idea tanto del profundo calado como de la interclasista e interracial extensión de su actividad basta enumerar algunos de los auditorios y escenarios en los que Erika entonó su «aria» en contra del nacionalismo alemán y a favor de los refugiados, entre ellos el Rotary-Club de Baltimore, los *Ociosos* de Chicago, los *Alces* de Kalamazoo, las damas de San Francisco, los estudiantes de la Universidad de Ohio, las muchachas distinguidas del Smith College, los negros del Harlem neoyorquino o los notables de la ciudad de Richmond (Mann, 2007: 437-438).

¹⁰ En relación al carisma de su reverenciada hermana, Klaus Mann escribió en su autobiografía: «Erika [...] tiene cosas que decir dignas de ser oídas [*She has a message!*] y [...] comunica las cosas dignas de ser oídas con amable intensidad [*She has a personality!*]» (Mann, 2007: 441).

había venido colaborando activamente con el recién creado *Emergency Rescue Committee* de Nueva York –ERC (Comité de Rescate de Emergencia)- el cual se había comprometido a conseguir visados para artistas y escritores europeos especialmente amenazados¹¹. De hecho, la propia primera dama, Eleanor Roosevelt, se había adherido a su causa, así como arrancado a su presidencial marido la promesa de ayudarlos, máxime teniendo en cuenta que el 22 de junio de 1940 Francia había firmado el armisticio con Alemania, en virtud del cual muchos de aquellos artistas a los que el régimen nazi tildaba de «degenerados» habían quedado atrapados en el país galo, cuyo gobierno estaba obligado a entregar a las autoridades del Tercer Reich a todos los ciudadanos austríacos y alemanes designados por él.

Por todo ello, no es extraño que, atraída por su persona, su ideario y su fama, la joven sureña le escribiera a Erika Mann aquella carta a la que, amablemente, la actriz y periodista alemana respondió proponiéndole que se reuniera con ella en su habitación del Hotel Bedford, donde, como otros muchos exiliados germanos, tanto esta como su inseparable hermano Klaus se habían

¹¹ Desde el comienzo, el ERC contó con el respaldo de destacados intelectuales alemanes en el exilio como los Premios Nobel Thomas Mann o Albert Einstein, así como con la ayuda de importantes personalidades de la comunidad literaria estadounidense, entre ellos Upton Sinclair, John Dos Passos y Sinclair Lewis. Por otro lado, a pesar de las numerosas y fuertes presiones recibidas, hasta enero de 1944, cuando ya era flagrante la magnitud del holocausto, F.D. Roosevelt no creó el War Refugee Board (WRB - Consejo de Refugiados de Guerra-). De igual modo, solo entonces ordenó que Ontario se convirtiera en un puerto libre para estos, pese a lo cual apenas arribaron allí unos pocos miles de refugiados provenientes de los territorios liberados.

venido alojando desde que, aquel septiembre de 1936, arribaran a América a bordo de un transatlántico de bandera holandesa¹².

Conforme a lo acordado, el encuentro entre Carson y Erika tuvo finalmente lugar el 26 de junio de 1940 en la habitación que esta última ocupaba en la mencionada hospedería, si bien, de forma imprevista, otras cuatro personas se sumaron a la cita. La primera de ellas fue Robert Linscott, el afamado editor bostoniano que ambas compartían, quien, con motivo del fulgurante éxito alcanzado por *El corazón es un cazador solitario*, el día previo le había enviado un telegrama a Carson emplazándola a que se conocieran personalmente en el referido establecimiento. La segunda fue el poeta y ensayista inglés, Wystan Hugh Auden, con quien en 1935 Erika había contraído un matrimonio de conveniencia para obtener la nacionalidad inglesa. La tercera fue la arqueóloga, fotógrafa y reportera suiza, Annemarie Schwarzenbach, amiga íntima de los Mann, cuyo «bello rostro de ángel inconsolable» perseguiría a Carson hasta el final de sus días, pues a la vista de este dijo experimentar aquella «mezcla de “terror, piedad y amor” que el personaje de Mishkin experimenta en *El idiota* cuando conoce a Nastasia Filípovna» (McCullers, 2001: 52). Por último, el

¹² Muchos de los huéspedes del referido establecimiento, convertido para entonces en uno de los míticos puntos de encuentro del exilio alemán en Estados Unidos, habían sido ya retratados por ellos, pues, un año antes de que la Houghton Mifflin Company publicara la primera novela de Carson, la prestigiosa editorial había encargado a los ilustres y cosmopolitas hermanos la elaboración de «un libro lo más amplio e informativo posible sobre los representantes artísticos, científicos y políticos de la emigración alemana, una especie de *Who's who in Exile*» que, compendiando «datos biográficos, semblanzas, anécdotas personales y, naturalmente, también críticas o al menos análisis apreciativos», había finalmente visto la luz bajo el título de *Escape to life* (Mann, 2007: 464). De igual modo, a principios de 1940, la firma neoyorquina Modern Age Books había publicado *La otra Alemania*, volumen similar con el que Erika y Klaus Mann habían tratado de convencer al público de habla inglesa de que, más allá de la fascista, existía otra nación germana, «la mejor, la verdadera», a la que ellos pertenecían, encarnaban y en cuyo ensayo había quedado representada (Mann, 2007: 488).

cuarto asistente fue el también célebre escritor, *lecturer* y activista Klaus Mann, quien, como anotara en su autobiografía, tuvo así una nueva ocasión de constatar cómo en su vida «solo parec[ía] tener consistencia y realidad aquello» en lo que también participaba su adorada y omnipresente hermana¹³.

Contra todo pronóstico, durante aquella concurrida entrevista, Carson no solo se sintió atraída por Annemarie Schwarzenbach¹⁴, sino que, en lugar de estrechar lazos con Erika, trabajó paradójicamente amistad con su hermano Klaus Mann, como así prueba el hecho de que, apenas unos meses después, esta colaboraría en la nueva revista fundada por él.

2. Una nueva revista antifascista nacida bajo el signo de la revisión del aislacionismo de Estados Unidos

Después de aquella fructífera y amigable cita, Carson regresó a su modesta pensión, donde, siguiendo los consejos provistos por aquellos «extranje-

¹³ De la lectura de las memorias de Klaus Mann se desprende que este profesaba una admiración sin límites hacía su hermana. Sin embargo, en no pocos casos el engrandecimiento de la figura de esta lleva aparejado el menosprecio de sí mismo, del cual constituye un claro indicio la anotación que consignó en su diario cuando, en agosto de 1940, Erika partió para una bombardeada Inglaterra: «La acompaño al aeropuerto. ¿Cómo describo los sentimientos que pesan sobre mi corazón? La preocupación se mezcla con la envidia, la tristeza con el orgullo... Erika es valiente, me siento orgulloso de ella. ¡Tanto mayor el dolor, la vergüenza de quedarme atrás! [...] Estoy seguro de que Erika no tiene miedo. Pero yo sí» (Mann, 2007: 500-502).

¹⁴ La reportera suiza fue una de las muchas «amigas imaginarias» que Carson tuvo a lo largo de su vida, pues así es como el matrimonio McCullers denominaba a las féminas por las que esta se sentía repentinamente atraída. Por lo general, se trataba de mujeres mayores que ella, de clase alta, cultas y sofisticadas, las cuales no siempre entendieron bien ni su franqueza, ni la fascinación que despertaban en ella, por lo que, en muchos casos, no solo la rechazaron violentamente, sino que sus testimonios han contribuido a crear la «leyenda negra» que en este y otros ámbitos circula todavía en torno a la escritora sureña. Así, a ella contribuyeron de manera especial las afirmaciones de, entre otras, la escritoras Anaïs Nin y Djuna Barnes.

ros», comenzó a dar forma a lo que finalmente sería un extraordinario y homónimo cuento en el que más adelante nos detendremos (McCullers, 2001: 51). Por su parte, Klaus retornó a su habitación del Hotel Bedford, donde, aquel mismo día anotó en el diario que por entonces estaba escribiendo:

26 de junio. Nueva y extraña amistad: la joven Carson McCullers, autora de la bella novela *El corazón es un cazador solitario*. Recién llegada del Sur. Curiosa la mezcla de refinamiento y salvajismo, *morbidez* e ingenuidad. Probablemente tiene mucho talento. La obra que le ocupa ahora trata, al parecer, de un negro y un emigrante judío: dos parias. Podría ser interesante... (Mann, 2007: 490).

En la misma página de dicho diario, el escritor alemán se hizo igualmente eco del debate que Thomas Masaryk, fundador y primer presidente de la República de Checoslovaquia, había mantenido con León Tolstoi acerca del pacifismo¹⁵. Al hilo del mismo, el «naturalmente *pacifista*» Klaus Mann, que otrora asumiera la tolstoyana defensa de la no violencia como «un postulado absoluto que nos compromete sin reservas», anotó en dicha página al respecto de la guerra:

Solo cabe preguntarse si el otoño pasado aún teníamos la posibilidad de elegir entre la guerra y la paz, o si entonces ya estaba tomada la decisión hacía tiempo. Una guerra que se ha vuelto inevitable no puede ya «rechazarse», sólo se puede ganar. ¿Por qué se volvió *inevitable* la guerra? ¡Cómo si no lo supiésemos! Porque las democracias apoyaron al fascismo, ya fuese por un «pacifismo» mal en-

¹⁵ Al poco tiempo de ser desnaturalizados por los nazis, el segundo presidente de la República mencionada, Edvard Beneš, concedió a Klaus Mann, sus padres y hermanos –a excepción de Erika– la nacionalidad checoslovaca (Mann, 2007: 490-494).

tendido, ya fuese por motivos menos nobles... Tolerando a Hitler, financiándole, protegiéndole, se perdió la oportunidad de la paz. ¡Ahora solo faltaría que le dejásemos vencer! Entonces la guerra sería permanente (Mann, 2007: 498).

Estimando este un «problema esencial», el mismo día que conoció a la novelista sureña, el autor germano consignó en su diario la necesidad «de un simposio de espíritus serios y honrados» dispuestos a deliberar sobre ciertas cuestiones que, como aquella, debían ser reconsideradas «a la luz de las últimas experiencias» (Mann, 2007: 490). Pensando sin duda en cómo propiciarlo, barajó de inmediato la posibilidad de crear una revista que pudiera «servir de foro para un debate de tal naturaleza» (Mann, 2007: 490). A ello hubo de contribuir el hecho de que, entre septiembre de 1933 y agosto de 1935, él mismo había dirigido ya en Ámsterdam la prestigiosa *Die Sammlung* –*La colección*–: revista publicada por la editorial Querido con la que, conciliando el compromiso político y el literario, había tratado de dar a conocer al mundo el verdadero carácter del nacionalsocialismo, así como de mantener vivos el espíritu y la lengua de «la mejor Alemania», para la que ya no había sitio sino en el exilio (Mann, 2007: 361). Pero, aunque había contado con el patrocinio y la colaboración de figuras tan destacadas como André Gide, Aldous Huxley, Stefan Zweig o Romain Rolland, lo cierto es que *Die Sammlung* había conocido una trayectoria breve y errática, pese a lo cual, el animoso escritor se decidió a

«intentarlo una vez más»¹⁶ (Mann, 2007: 490). No obstante, lejos de especializarse en la problemática de la emigración alemana, resolvió que se trataría ahora de una publicación en lengua inglesa, destinada a unir a los antifascistas de ambos lados del Atlántico e impelida por el libertario y universal espíritu de Walt Whitman, a quien, «con más placer que nunca», releía en aquellos días (Mann, 2007: 490-491).

En las horas sucesivas, «ahogado por el asco» que le producía la contemplación en las portadas periodísticas de «los gamberros nazis» tomándose fotografías ante los monumentos más emblemáticos de la arquitectura parisina, a la vez que conmovido por la tenaz voluntad de resistencia de Inglaterra, Klaus Mann barajó darle inicialmente a su futura revista el nombre de *Solidarity –Solidaridad–*. Poco después, le escribió una carta a la *German-American Writers Association* -(GAWA)- anunciando que la abandonaba por entender que, tras haber entrado la II Guerra Mundial en una fase decisiva, resultaba dudoso, cuando no provocador, que dicha organización no se hubiera dotado hasta la fecha de un programa político-cultural bien definido¹⁷. Y es que, en lugar de al estatutario y supuesto «apoliticismo» de sus miembros, Klaus achacaba esta carencia a la fuerte presencia en ellos de ideales de extrema izquierda en virtud

¹⁶ Las discrepancias respecto a la orientación y temática de la revista, las presiones ejercidas sobre los colaboradores cuyos libros siguieron apareciendo en editoriales del Reich durante los primeros años del exilio y el reducido número de ventas motivó que la editorial dejara pronto de imprimirla (Alborés, 1991: 27).

¹⁷ Dicha carta estaba asimismo firmada por su padre, Thomas Mann, su hermana Erika y dos incondicionales amigos de la familia, concretamente, el médico y escritor judío-americano Martin Gumper, a quien el Premio Nobel homenajeó en el último volumen de *José y sus hermanos*, y el entonces corresponsal del *Paris-Soir*, Curt Riess, quien en 1945 regresaría a Alemania para presenciar el colapso del Tercer Reich y escribir la primera biografía de Joseph Goebbels aprovechando que su amigo Louis Lochner acababa de editar sus diarios.

de los cuales la guerra era entrevista como una suerte de complot imperialista-capitalista o, en su defecto, la lucha contra Hitler solo se contemplaba en el caso de que la Unión Soviética también se viera envuelta en ella.

Así, en plena vigencia del pacto Ribbentrop-Mólotov, el autor alemán le escribió una carta a Archibald MacLeish, director de la Biblioteca del Congreso, con la esperanza de que este intercediera en los círculos oficiales en favor de su proyecto. Para entonces, alarmado por la suerte que en la Francia ocupada habían corrido muchos de los familiares, amigos e intelectuales antifascistas que allí residían, Klaus había reemplazado ya el eventual nombre de *Solidaridad* —«demasiado “propagandístico”, demasiado “grandilocuente”»— por el de *Zero Hour -Hora Cero* (Mann, 2007: 495). Sin embargo, cuando el 3 de julio se reunió en Washington con Michael Huxley, representante de la Embajada de Inglaterra, el comandante Hurban, ministro plenipotenciario checo, y el referido director de la Biblioteca del Congreso, el autor alemán tomó conciencia de que su revista no iba a poder contar con ayuda oficial. Lejos de claudicar en el intento, asumió la falta de dólares, libras o coronas checas como una nueva oportunidad para conservar su «vieja y querida independencia» (Mann, 2007: 495). En plena posesión de esta, a mediados de julio de 1940, dejó momentáneamente el proyecto de su revista a un lado para colaborar con el Comité de Rescate de Emergencia elaborando una «lista de emigrados especialmente importantes y especialmente amenazados»¹⁸ (Mann, 2007: 497). A fin

¹⁸ Escondida en el forro de sus pantalones, esta lista fue la que el periodista norteamericano Varian Fry, miembro también del ERC, se llevó consigo a Marsella un mes después. Desde allí, instalando su «cuartel general» en el *Hotel Splendid*, utilizando como tapadera el *Centre Américain de Secours*, falsificando

de conseguir dinero para su salvamento, participó también en los preparativos del acto benéfico que con tal motivo iba a celebrarse en la casa que sus padres tenían en Princeton, donde por entonces Thomas Mann ejercía como profesor visitante en la Universidad. Asimismo, se sumó a los esfuerzos que su madre, su hermana y otras figuras de prestigio estaban llevando a cabo con el propósito de organizar una filial del ERC neoyorquino en la costa oeste de Estados Unidos.

Una vez concluido este trabajo para el Comité, el autor alemán retomó su proyecto editorial, para lo cual se entrevistó con Aldous Huxley, quien, al saber de él, y como ya ocurriera en los tiempos de *Die Sammlung*, le ofreció *ipso facto* su colaboración tanto en el terreno pecuniario como literario. En los primeros días de septiembre, mientras los bombardeos alcanzaban el Palacio de Buckingham, se reunió en San Francisco con el mecenas judío-irlandés Albert M. Bender, con el propósito de que también este le brindara su patrocinio.

documentos, creando rutas de escape clandestinas a través de la frontera franco-española y realizando transacciones en el mercado negro, él y sus asistentes ayudaron a evacuar a cerca de 2.000 refugiados, entre ellos intelectuales y artistas de la talla de André Breton, Marc Chagall, Marx Ernst, Marcel Duchamp, Wanda Landowska, Víctor Serge, Hanna Arendt, etc.

El 29 de agosto de 1941, al tener evidencias de que había estado operando fuera de la ley, Fry fue deportado por el gobierno francés con la total connivencia del Departamento de Estado Norteamericano. De regreso a Nueva York, el periodista siguió alertando a la opinión pública sobre la matanza de judíos en Europa y criticando a América por abrir a regañadientes los brazos a los exiliados. Asimismo, escribió *La lista negra*, obra en la que relató su misión en Marsella. En parte censurado, dicho título no se publicó hasta 1945 y, ante la indiferencia general, él mismo y su obra cayeron en el olvido. Sin embargo, en 1967, unos meses antes de su muerte, el reportero estadounidense fue nombrado Caballero de la Legión de Honor por el entonces Ministro de Cultura francés André Malraux. De igual modo, en 1995 le cupo el honor de ser el primer norteamericano reconocido con el título de «Justo entre las Naciones» por el Comité en Memoria del Holocausto de Jerusalén. Por otro lado, en 1942, el ERC se unió a la *International Relief Association* para fundar el *International Rescue Committee* –IRC-, organización que hoy en día sigue luchando por la causa de los refugiados.

De vuelta a Nueva York, la casualidad o el destino quiso que Klaus dejara pronto su cómodo alojamiento en el Hotel Bedford para, siguiendo a su amigo W.H. Auden, convertirse en un inquilino más de la acogedora vivienda que la propia Carson McCullers y el popular George Davis, reputado editor de *Harper's Bazaar*, habían alquilado en septiembre de 1940, es decir, apenas unos días después de que la novelista se separara de su marido tras su regreso de Nantucket. Sita en el número 7 de Middagh Street y enclavada, a su vez, en el legendario y libertario barrio de Brooklyn Heights¹⁹, la «casa antigua, sencilla, de piedra rojiza» se convirtió enseguida en una variopinta comuna de intelectuales y artistas, de la que, además de los mencionados, formaron también parte, entre otros, la periodista y activista Erika Mann, los compositores Aaron Copland y Benjamin Britten, la vedette del *burlesque* Gypsy Rosee Lee, la actriz y cantante Lotte Leyna y los escritores Richard Wright, Christopher Isherwood, Paul Bowles y Louis McNeice. Puesto que la mayoría de ellos habían nacido en febrero, pronto se les ocurrió dar a su iconoclasta hogar el apelativo de «February House»²⁰. En él, el desorden era tal que enseguida Auden²¹ se

¹⁹ En marzo de 1941, Carson publicó en *Vogue* un ensayo titulado «Brooklyn Is My Neighborhood» en el que ella misma se inscribió en dicha tradición libertaria, a la que, además, añadió los nombres del poeta Hart Crane y del escritor Thomas Wolfe, quienes, en aquel barrio situado al borde del agua y surcado de noche por las sirenas solitarias, habían elaborado, respectivamente, *El puente* y *El tiempo y el río*, sus particulares síntesis místico-épicas de la reciente historia de América. Por lo demás, en algunas de sus calles –entre ellas Middagh y Sands– la novelista sureña recibió la «iluminación» que le permitió perfilar la fisonomía y el carácter de algunas de sus más conocidas protagonistas, entre ellas la Miss Amelia de *La balada del café triste*, novela que comenzó a escribir en aquella misma época (McCullers, 2001: 65-67).

²⁰ «February House» es asimismo el título que Sherill Tippins ha dado al libro en el que analiza la constitución y disolución del célebre grupo de amigos, así como su contribución artística e intelectual durante los primeros años de la II Guerra Mundial.

²¹ En su autobiografía, la escritora sureña afirma que Wystan H. Auden «tenía alma de maestro», que solía hablar con ella de Kierkegaard y que gracias a él escuchó el *Dichterliebe* de Schumann por primera

nombró a sí mismo «mayordomo» y promulgó listas de presupuestos, horarios, tareas y hasta reglas para organizar la conversación en la mesa, durante la cual la novelista sureña y Klaus Mann tuvieron ocasión de constatar cuán semejantes eran en realidad (Vaill, 2005).

3. La ignota afinidad entre dos camaradas que llevaban a Dios en el alma y para quienes la fidelidad a sí mismos nada tenía que ver con el egoísmo

Durante las conversaciones mantenidas en el seno de aquella excéntrica e irreverente comunidad, Carson y Klaus tomaron conciencia de lo profunda que era su afinidad. Así, si el escritor alemán sufría por «la indiferencia natural» con que su padre lo trataba, a la par que se «comportaba escandalosamente» y se «contorsionaba en exceso» para no pasar del todo inadvertido bajo la alargada sombra de su fama²², la novelista huía de una madre que, deseosa de conquistar a través de su hija la gloria y el reconocimiento que ansiaba para sí misma, en su exceso de celo por hacer de ella una célebre concertista, la sobreexponía y le hacía sentirse ridícula (Mann, 2007: 209; McCullers, 2001: 39-

vez. Asimismo, relata cómo en aquellos días, tanto Davis como el poeta inglés realizaban una importante labor social en el barrio del Bowery, al sur de Manhattan, de la visita al cual en compañía de ambos aseguró haber regresado un día horrorizada, a la par que ensalzando el compromiso y la generosidad de sus compañeros de piso. No en vano, ambos colaboraban asiduamente con Dorothy Day, la activista social y anarquista cristiana que en 1933 había fundado junto a Peter Maurin el *The Catholic Worker*, periódico en torno al cual se aglutinaría en los años sucesivos el homónimo movimiento político-social (McCullers, 2001: 56, 92).

²² En *Cambio de rumbo*, Klaus Mann llegó incluso a afirmar que no creía que su padre se hubiera preocupado alguna vez seriamente de él, así como que le conmovía hasta las lágrimas el mero hecho de pensar en la posibilidad de que este pudiera interesarse por cuanto le pasaba. Por ello, en diversos pasajes de la referida autobiografía se hace patente la falta de afecto y reconocimiento paterno de la que el autor alemán adolecía (Mann, 2007: 215).

40). Quizá por ello, desde bien temprano, la literatura representó una fuente de evasión y placer para ambos, ya que si Klaus disfrutaba del «espectáculo de primera» que constituían las lecturas en voz alta de Hoffman, Dickens o los hermanos Grimm llevadas a cabo por distintos miembros de su familia, para Carson la voz de los profetas y apóstoles de la Biblia se confundía con la de su adorada abuela materna, de la que adoptaría su nombre de pila (Mann, 2007: 93; Savigneau, 1997: 360). Gracias a aquella escucha atenta, ambos tomaron pronto conciencia de que la literatura les permitía vivir otras vidas, por lo que en breve plazo se decidieron a experimentarlas sobre un escenario. Por ello, si junto a su hermana Erika y un par de leales amigos, Klaus fundó la rimbombante «Sociedad de Cómicos Aficionados Alemanes», con la que se dedicó a representar obras de Kotzebue, Lessing y Molière en el vestíbulo de la residencia de los Mann, Carson se desesperaba porque, momentos antes de que se alzara el improvisado telón tras el que ella misma iba a dirigir una pieza de Shakespeare u O'Neill, los actores del reparto, encarnados por sus hermanos, se marchaban al jardín de su casa georgiana para comerse los bollos de pasas y beberse a grandes tragos los refrescos o el vaso de cacao que Lucille, su querida asistente de color, había preparado (Mann, 2007: 116; McCullers, 2001: 55).

Puesto que sobre aquellos domésticos escenarios, ambos probaron la libertad de ser quienes y como desearon, no es extraño que enseguida percibieran la escuela secundaria como una monótona institución disciplinaria, tan «embrutecida» ya que «ni siquiera despertaba sentimientos de rebeldía», por lo que, sin dudar demasiado, pronto los dos reclamaron el privilegio de gozar

de una educación especial (Mann, 2007: 92). Así, con el beneplácito de sus padres, Carson asistió a clase las horas estrictamente necesarias para no quedarse descolgada, dedicando las restantes a trabajar en casa, donde, sumergiéndose en las páginas de Dostoievski, Tolstoi, Chejov, Faulkner, Caldwell y Thomas Wolfe descubrió la «maravillosa región solitaria de las historias sencillas y del mundo interior» (McCullers, 2001: 57). Por su parte, Klaus pidió a sus progenitores que lo enviaran a la Escuela de Odenwald: una institución pedagógica libre ubicada en plena naturaleza y fundada y dirigida por Paul Geheeb, el reformador educativo amigo de Ghandi, Tagore o Rolland, quien, siguiendo los ideales rousseauianos, no se cansaba de proclamar que «el hombre es asequible a la bondad» (Mann, 2007: 124). Sin cursos regulares y sin necesidad de asistir a clase, leyendo infatigablemente en soledad, el joven alemán encontró allí a los maestros que a lo largo de su vida lo iban a acompañar, entre los cuales se contaron Sócrates, Nietzsche, Novalis, Whitman, Rilke, y los místicos alemanes –Meister Eckhart, Mechthild von Magdeburg, Franz von Baader, Jakob Böhme y Angelus Silesius más en especial²³-. En sus respectivos «Olimpos literarios» de aquellos años, tanto una como otro hallaron la explicación y la clave del misterio de sus entonces «pujantes y confusos sentimientos», pues, como Klaus dijera: «ningún discípulo adopta del exterior lo que no lleva en sí mismo, aunque sea de manera latente, en el subconscien-

²³ En sus memorias, Klaus Mann afirmó que fueron las sencillas rimas y los luminosos aforismos de Silesius, el ««caminante querubínico», los que le revelaron por primera vez la posibilidad de una experiencia religiosa no solo «independiente de», sino incluso «*contra* la ortodoxia clerical». Por otro lado, en 1942, el autor proyectó también elaborar una biografía del «profeta alemán» Jakob Böhme (Mann, 2007: 132; 539-540).

te, [pues] mientras cree copiar al maestro, reconoce y desarrolla sus propias fuerzas» (Mann, 2007: 128, 276). Y en las fuerzas de ambos asomaba ya una fe ajena al dogma, «espontánea, profundamente personal», en la que se fundían utopía y reino del más allá, redención y justicia social, «voluptuosidad y piedad, intuición metafísica y éxtasis sensual y emocional» (Mann, 2007: 128-142).

Enamorados del arte y la belleza como eran ambos, la pasión literaria pronto comenzó a convivir en ellos con el gusto por la danza. Así lo prueba el hecho de que a los catorce años, tras la lectura de la autobiografía de Isadora Duncan, Carson le pidió a su padre permiso para irse a París y poder así mantener a toda su familia gracias al éxito que, actuando, iba a conquistar allí. Por su parte, siendo también un adolescente, Klaus abandonó temporalmente sus estudios de bachillerato porque pretendía dar clases con el bailarín y coreógrafo Harald Kreutzberg, gracias a la maestría del cual esperaba ver satisfecho su por entonces apremiante deseo de llegar a ser un verdadero «artista del movimiento» (Mann, 2007: 170).

En medio de aquella proteica y voluble adolescencia, tanto una como otro negaron también la neurótica autoridad de la puritana moral burguesa y celebraron «el milagro libidinoso de nuestra presencia en la tierra», de manera que, para estupor de sus conciudadanos, Carson comenzó a predicar el amor libre en su vecindario, a la par que Klaus se enamoró de un compañero de liceo al que llamaba «Gamínedes, Narciso o Fedro», y al que escribía poemas que jamás le llegó a entregar porque tenía miedo de aquel sentimiento que

amenazaba con reventar[le] el pecho de dolorida felicidad» (McCullers, 2001: 92; Mann, 2007: 150).

De igual modo, en el plano político, pronto los dos jóvenes se sintieron atraídos por el «controvertido comunismo». En el caso de Carson, esta atracción corrió pareja a su amistad con Edwin Peacock, un entusiasta miembro del Cuerpo Civil de Conservación creado por F.D. Roosevelt para combatir la pobreza y el desempleo durante la Gran Depresión, en compañía del cual se inició en la lectura de Engels y de Marx, quienes, a su vez, contribuyeron a forjar su «pensamiento de la justicia» al suministrarle una «explicación objetiva» al racismo y la desigualdad que había conocido desde niña. De hecho, en *Iluminación y fulgor nocturno*, la novelista afirmó que a los diecisiete años creía en el Partido Comunista porque en su infancia había sido testigo de la «humillación brutal de la dignidad humana» sufrida por Lucille, su adorada asistente negra, quien, por culpa de unos blancos que la acusaron injustamente de tratar de envenenarlos, pasó un año en prisión aun cuando ella y sus padres hicieron todo cuanto pudieron para evitarlo²⁴ (McCullers, 2001: 95). Pero si su querida Lucille la acercó al comunismo, fue también su amigo Richard Wright, autor de la célebre novela *Black Boy* –*Chico negro*– quien la distanció del mismo. Y es que, cuando ambos coincidieron en aquella revolucionaria casa de Brooklyn

²⁴ Las palabras que la autora consagró a su querida niñera y cocinera están cargadas de gratitud, amor y nostalgia: «Lucille vuelve a mi memoria una y otra vez: alegre, encantadora Lucille. De pie junto a la ventana, cantaba una melodía de moda que decía: “*tip toe to the window*”. Alegre como era, los blues no le gustaban. Era extraordinaria preparando pequeños picnics imprevistos de cacao, y algo delicioso para mi hermano y para mí. No le parecía nada insólito llenar la cesta que nosotros subiríamos a nuestra casa del árbol. Nos decía solamente, y lo decía en un tono alegre: “¡Señor! [...] ¡Os partiréis el cuello un día de estos!”» (McCullers, 2001: 95).

Heights en la que reinaba una conversación incontrolada, la autora sureña fue testigo de cuánto sufrió este para lograr abandonar el partido, al que se había afiliado en 1933, cuando dicha formación política dominaba el Club John Reed de Chicago, gracias a la mediación del cual Wright había publicado sus primeros escritos y poemas proletarios en publicaciones y revistas obreras como *The New Masses* o *New Caravan*. De ahí que en *Iluminación y fulgor nocturno*, Carson anotara al respecto de su amigo y de su propio vínculo con el comunismo:

[...] Un negro americano, extraordinariamente dotado para el lenguaje, y además intelectual, era ideal para ellos. No entendieron la dedicación completa de Dick al arte, ni su independencia [...]. Como todo el mundo sabe, no es fácil abandonar el partido comunista una vez se ha ingresado en él, y Dick padeció muchas noches de inquietud y días de miedo²⁵.

Yo nunca sentí deseos de afiliarme. Por un solo motivo: no soy de naturaleza gregaria [...] Al principio estaba totalmente de acuerdo con Marx y Engels, y cuando pienso en los disturbios de hoy²⁶, me da la impresión de que son pura aplicación del marxismo. Los comunistas han aprendido muy bien a explotar, exponer y debilitar socialmente ciertos sectores para sus propios fines (McCullers, 2001: 105).

²⁵ En 1936, con motivo de la marcha del 1 de Mayo, Wright había sido amenazado a punta de cuchillo y agredido en la calle por antiguos camaradas del partido, pues, tanto los comunistas blancos como los líderes marxistas afroamericanos, lo consideraban «enemigo» por su independencia y su libertad de juicio. Por su parte, en su novela *Hambre americana*, publicada tras su muerte, el escritor denunció la intolerancia y el dogmatismo de dicha organización, así como sus purgas asesinas, a la vez que la asimiló a las religiones fundamentalistas.

²⁶ McCullers dictó su autobiografía postrada en cama entre mediados de abril y las dos primeras semanas de agosto de 1967, es decir, en plenos disturbios raciales de Detroit, unos de los más mortíferos de la historia de Estados Unidos.

Por su parte, con apenas diecinueve años, Klaus Mann se acercó al ideario comunista de la mano de André Gide, ante el que, en el verano de 1925, se presentó con una carta de recomendación porque sentía que era él quien confería «legitimación espiritual y objetividad artística» a su ansiedad e incertidumbre subjetivas:

Su *inquiétude* era también la mía; pero lo que en mí solo era intranquilidad y oscura desazón, en sus libros tomaba cuerpo, se volvía transparente y plástico, dominado [...] ¿Conocía él una respuesta a mis preguntas? ¿Ofrecía un programa? No; lo que él tenía que ofrecer era siempre su *ejemplo*, el ejemplo de su integridad y su valor intelectual, de su curiosidad, de su amor a la verdad, de su paciencia, de su nobleza, su apasionamiento, su seriedad ética.... Gide me parecía tan aceptable como modelo porque a todas luces no se proponía ser ejemplar. La pose del maestro le era ajena; a pesar de toda su grandeza seguía siendo problemático, seguía siendo el insatisfecho²⁷ (Mann, 2007: 277-279).

No obstante, ya en aquellos días, lo que más le atraía del maestro francés que se había declarado «comunista de corazón» no eran sus diatribas contra el sistema capitalista y el egoísmo auto-satisfecho de la burguesía, sino aquella habilidad suya para armonizar los opuestos sin caer jamás en la anarquía; aquella capacidad para reunir en sí todas las antípodas -espíritu romántico y forma clásica, razón y fe, individualismo y compromiso social...-, e inte-

²⁷ Fruto de esta admiración es el libro *André Gide y la crisis del pensamiento moderno* que Klaus Mann publicó en homenaje a él en 1943.

grarlas en el propio drama personal; aquel consejo que había prodigado a su ficticio discípulo en su novela *Los alimentos terrestres* y que para él había sido tan decisivo: «¡No confíes en nadie excepto en la voz de tu propia conciencia! ¡Sé sincero, sobre todo contigo mismo! ¡Auscultas tu propio ser! ¡Sigue tu propio camino! ¡Sé el que eres!» (Mann, 2007: 277-280). De esta manera, para cuando en *Regreso de la URSS* (1936), el Premio Nobel de Literatura francés expuso su desengaño del Estado socialista con extrema lucidez, Klaus Mann había tenido ya ocasión de comprobar personalmente la distancia que mediaba entre la realidad y los sueños en el «nuevo y deslumbrante paraíso soviético». No en vano, durante su asistencia al Primer Congreso de la Unión de Escritores Soviéticos celebrado en Moscú a lo largo del verano de 1934, constató por sí mismo los vicios del nuevo totalitarismo, más especialmente su culto al héroe y al caudillo, su cargante militarismo, su ingenua complacencia nacionalista, pero, sobre todo, aquella filosofía impuesta que no correspondía a sus sentimientos y dejaba insatisfecha su inteligencia; aquella concepción del mundo que carecía de la más mínima noción de metafísica; aquel sistema intelectual en el que no había sitio para la categoría de lo trascendental²⁸ (Mann, 2007: 406-407). Y es que ya por entonces Klaus creía que el amor seguía siendo un misterio incluso en el más que imperfecto edén soviético, que «lo que nos aleja de la muerte

²⁸ En 1935, Klaus Mann y André Gide intervinieron en el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura celebrado en París, en el contexto del cual, el intelectual francés lideró una campaña en defensa de su amigo Víctor Serge, víctima del régimen soviético, lo que no fue obstáculo para que su visita a la URSS al año siguiente fuera promocionada por todo lo alto en la prensa comunista, tanto rusa como extranjera. Por otro lado, fue en este mismo congreso donde el escritor alemán supo del suicidio de su amigo René Crevel, el poeta surrealista adepto de la filosofía materialista con quien años atrás había tenido ocasión de convivir en la referida ciudad.

tampoco ha sido desvelado por Marx y Lenin» y que, pese a que haya quienes condenen el impulso religioso y la esfera espiritual como artimañas contrarrevolucionarias, estas no constituyen ni «necesaria ni inevitablemente un sabotaje contra el progreso social» (Mann, 2007: 407).

A raíz de tales peripecias, y como habían aprendido de sus respectivos maestros, tanto Klaus como Carson siguieron anunciando que el conocimiento del dolor y del mal no tienen por qué llevar aparejada la pérdida de confianza en la bondad humana; que los opuestos no se excluyen mutuamente, sino que se funden sin jamás llegar a disolverse; que a cada cual le ha sido dada su propia ley individual, que ha de ser cuestionada, a la par que obedecida incondicionalmente, así como que la fidelidad a uno mismo se asemeja a ese individualismo *gideano* «que se integra pero no se somete, que precisamente por su carácter incondicional, sin reservas, puede convertirse en un factor tremendamente útil al servicio de la comunidad» (Mann, 2007: 277-279). Y para servir a esta sin renunciar a ser ellos mismos, ambos unieron sus fuerzas en la revista *Decision*.

4. Carson McCullers y Decision: el hermanamiento literario de rusos y americanos como mecanismo político para combatir el fascismo

En septiembre de 1940, pese a que aún no había decidido el nombre definitivo con el que editaría su revista, Klaus Mann recibió los dos primeros manuscritos, concretamente uno del escritor Aldous Huxley y otro del director y compositor Bruno Walter. De igual modo, por aquellas mismas fechas,

otros muchos autores, entre ellos la propia Carson McCullers, se habían comprometido a remitirle sus poemas, relatos y artículos. Por otro lado, el editor alemán había seleccionado ya a los integrantes de su consejo de redacción, todos ellos «viejos luchadores», entre los cuales el austríaco Stefan Zweig iba a ocupar un lugar especial debido a la abnegación con que, desde el primer momento, se mostró dispuesto a llevar a cabo tal misión²⁹. Dos meses después, tras no pocas vacilaciones, el autor germano determinó que su revista se llamaría *Decision* y en su primer editorial proclamó sus principios:

Queremos hacer una revista independiente, pero no imparcial. Aquellos a quienes la cultura preocupa tanto no pueden hoy permitirse ser imparciales. La cultura debe implicarse, hacerse militante; si no, está sentenciada a perder. El hecho de que nos aventuremos precisamente hoy con la creación de una revista literaria, una revista consagrada a la cultura libre, es ya, en sí mismo, un gesto de protesta y de esperanza (Mann, 2006).

No obstante, hubo de transcurrir todavía un tiempo para que Klaus publicara en sus páginas la primera colaboración de Carson: un magnífico ensayo titulado «El realismo ruso y la literatura del Sur» (McCullers, 2007a: 59-72). Dicho ensayo, en el que la escritora se posicionó respecto de la corriente literaria del «gótico sureño» a la que se vinculaba su narrativa, contiene una evidente toma de partido en el terreno político que ha pasado totalmente desapercibida y para cuyo desvelamiento se hace necesario destacar tanto la índole

²⁹ Entre los autores y miembros del *Board Editorial Advisors* con quienes Klaus quiso también contar destacan, entre otros, W. H. Auden, Edvard Beneš o Muriel Rukeyser.

le del medio en que el artículo apareció publicado como el contexto histórico-político, y no exclusivamente literario, en respuesta al cual fue elaborado. Asimismo, el referido ensayo debe ser puesto en relación con otros trabajos que la novelista publicó en aquellos días y a la luz de los cuales este adquiere una dimensión y trascendencia políticas verdaderamente significativas.

En este sentido, lo primero que conviene subrayar es que «El realismo ruso y la literatura del Sur» apareció en una revista antifascista nacida con el propósito de revisar el aislacionismo de Estados Unidos durante los primeros años de la II Guerra Mundial. En segundo lugar, se torna inexcusable recordar que apenas unos días antes de que se publicara el ensayo, más concretamente el 22 de junio de 1941, Hitler había invadido la Unión Soviética y que, por lo tanto, Carson había escrito dicho trabajo en plena «Operación Barbarroja», es decir, mientras cerca de 4 millones de soldados, 4.400 tanques y 4.000 aviones germanos abrían un gigantesco frente de 1.600 km entre el Mar Negro y el Mar Báltico. Pero además, centrándonos ahora en algunos de los textos que la autora sureña escribió en aquella misma época, dos de ellos, aún no traducidos al castellano, adquieren una importancia singular.

El primero, titulado «Night Watch Over Freedom» -«Noche de vigilia por la libertad»- apareció en la revista *Vogue* el día de Año Nuevo de 1941 y tiene como trasfondo histórico el indiscriminado bombardeo nocturno de las principales ciudades inglesas con el que, a partir del 17 de septiembre de 1940,

Hitler quiso evitar la lucha directa con la Royal Air Force³⁰ (RAF). En él, como hiciera Klaus Mann, Carson McCullers se solidariza con la huérfana pero osada Inglaterra convirtiendo la Torre del Big Ben en un símbolo de resistencia, pues, en medio del «rugido de las explosiones y del murmullo mortal de los bombardeos», esta se alza sin vacilar «como una silueta contra el cielo invernal» (McCullers, 1971: 222). De igual modo, en este texto, la novelista sueña identifica las campanadas de Nochevieja con «el latido del corazón del país en guerra», cuyo eco, lejos de detenerse en las ciudades y campos de Inglaterra, se propaga hasta el otro lado del Atlántico, donde resuena en los oídos de los norteamericanos que, a aquella hora, se congregan en torno a la mesa. De esta manera, el tañido de las campanas del Big Ben se transforma en el ensayo en epítome del «tiempo universal», en alegoría de una fraternidad transoceánica que «trae esperanza a las tierras asoladas, a la par que un febril temblor de rebelión a las almas» (McCullers, 1971: 221).

Pero si en este artículo Carson había llamado a la solidaridad con el país británico sin revisar aún su *natural pacifismo*, en el aparecido en *Vogue* el 15 de julio de 1941 bajo el elocuente título de «We Carried Our Banners. We Were Pacifists Too» -«Enarbolamos nuestras pancartas. También nosotros éramos pacifistas»-, su antibelicismo deja paso a la necesidad de intervenir en el con-

³⁰ Para entonces, esta había mejorado enormemente debido a la generalización del uso del radar, así como a la aparición del maniobrable Supermarine Spitfire, capitales ambos para la derrota de la Luftwaffe. Pese a ello, entre mediados de septiembre de 1940 y finales de mayo de 1941, cuando cesaron los ataques a gran escala de la Fuerza Aérea Alemana, numerosas urbes británicas, entre ellas Birmingham, Liverpool, Plymouth, Manchester, Sheffield, Hull, Bristol, etc., fueron bombardeadas, si bien, junto con la pequeña ciudad de Coventry, Londres fue, sin duda, la más castigada, pues solo allí los muertos ascendieron a 45.000.

flicto, simbolizada en el ensayo por la incorporación a filas de un compañero de piso que se ha alistado voluntario en el Primer Ejército de Estados Unidos³¹. Mientras le ayuda a preparar la maleta, embalando discos y sellando con clavos cajas de libros que contienen títulos tan eminentemente antimilitaristas como *Adiós a las armas* de Ernest Hemingway, *La habitación enorme* de E.E. Cumings, o *Compañía K* de William March, los dos protagonistas repasan los héroes de su infancia, entre los cuales no hay patriotas militares, sino grandes aventureros: Rychard Evelyn Byrd y Charles Lindberg entre ellos (McCullers, 1971: 228-229). Acto seguido, pasan revista a la educación recibida en la escuela secundaria, donde una enardecida maestra les «instruía con enorme pasión y vehemencia en los horrores de la guerra» (McCullers, 1971: 229). Sin embargo, pese a su antibelicista pasado estudiantil, los dos amigos se dan cuenta de que el fascismo requiere ahora de ellos un compromiso de signo totalmente distinto (McCullers, 1971: 227-229).

Solo en este contexto y teniendo conocimiento de tales artículos, «El realismo ruso y la literatura del Sur» se revela como un ensayo en el que, como ocurriera con los trabajos publicados en *Decision*, lo dicho tiene un propósito tanto literario como político. En este sentido, en las primeras líneas del artículo, Carson constata que, en los últimos años, ha ido surgiendo en el Sur de

³¹ Apodado «Mac» en el texto, este amigo bien puede ser el alter ego literario de Edwin Peacock o de su marido, quien ya por aquel entonces barajaba reincorporarse al ejército norteamericano, institución que había abandonado al contraer matrimonio con Carson. De hecho, en marzo de 1942, tras divorciarse de esta, volvió a alistarse voluntario, participando inicialmente en el desembarco de Normandía y más tarde en varias misiones en Francia, Luxemburgo, Bélgica y la propia Alemania, campañas que le hicieron merecedor del grado de Capitán y de condecoraciones varias, pese a lo cual, debido a las heridas recibidas, el 16 de marzo de 1946 fue licenciado por incapacidad física.

Estados Unidos un género literario nuevo «bastante homogéneo» al que los críticos han dado el nombre de «gótico sureño» (McCullers, 2007a: 59). Sin embargo, aunque reconoce que el efecto de una historia de Faulkner se asemeja al de una de la «Escuela gótica» europea en «su evocación del horror, de la ambivalencia emocional y de la belleza», dicha impresión «procede –según ella- de fuentes opuestas», ya que mientras que en el segundo caso los medios utilizados son los sobrenaturales o fantásticos, propios de los románticos, en el primero se hace uso de un «realismo peculiar e intenso» que proviene de autores como Dostoievski, Tolstoi, Chejov o Gogol (McCullers, 2007a: 59). En su opinión, lejos de accidental, dicha influencia se origina tanto en las similares circunstancias sociales en que rusos y sureños crearon sus relatos como en la afinidad espiritual que Carson observa entre ambos. En cuanto al primer aspecto, la novelista asegura que la Rusia zarista de finales del XIX y el Sur de Estados Unidos de las primeras décadas del XX poseen una misma estructura de clases, en la que sobresale una clase campesina bien definida, a la vez que comparten una característica sociológico-económica dominante: el escasísimo valor que la vida humana tenía en dicha época en aquellos lares (McCullers, 2007a: 60). En lo relativo al segundo, la escritora afirma que, pese a las divisiones sociales, tanto «el sureño como el ruso son «tipos humanos» afines por cuanto presentan rasgos «psicológicos, reconocibles y nacionales» que permiten establecer entre los mismos un parentesco similar al que se da «entre primos», pues, a decir de ella, unos y otros son «hedonistas, imaginativos, perezosos y emotivos» (McCullers, 2007a: 64). Según la novelista, este isomorfis-

mo social y espiritual se concreta en la actitud ética y estética desde la que rusos y sureños denuncian el escaso valor de la vida humana y contemplan la totalidad de la existencia. En el plano artístico, dicha actitud se sustancia en «la yuxtaposición audaz, y en apariencia insensible», de farsa y tragedia, «de lo sagrado y lo licencioso, lo trágico y lo humorístico, lo grandioso y lo trivial...», y todo ello con el propósito de poner de manifiesto la confusión de valores que impera en un mundo y una época en la que «nadie puede decir si un hombre vale más que una carga de heno, o si el valor mismo de la vida justifica la lucha por obtenerla»³² (McCullers, 2007a: 60-62). En lo ético, dicha actitud se asienta en la certeza de que «los seres humanos no son ni buenos ni malos, sino sólo desgraciados» por cuanto la existencia es una pregunta para la que no hay respuesta, de manera que, lejos de proponerla, rusos y sureños se limitan a aceptar sus absurdos e incongruencias (McCullers, 2007a: 65). Pese a ello, en sus relatos, la vida y la muerte, las experiencias del espíritu y de la materia van y vienen, y en ese ir y venir hay algo inmutable, trascendente, que conforta porque permanece (McCullers, 2007a: 65).

Esta fue la índole del hermanamiento que Carson estableció entre rusos y sureños unos días después de que Hitler invadiera la Unión Soviética, cuando en Norteamérica se alzaban sonoras y potentes voces en contra de la entrada en la guerra. Por ello, más allá del parentesco estético y literario entre

³² A lo largo del ensayo, continuando con el paralelismo entre realistas rusos y góticos sureños, Carson pone varios ejemplos de cómo en la literatura de ambos, mientras la vida humana carece de importancia, las cosas materiales adquieren un valor exagerado. Así, constata que en *Los campesinos* de A. Chejov, la pérdida del samovar en la casa del pueblo es tan triste o más que la muerte de Nikolai, en tanto que en *El camino del tabaco* de E. Caldwell, el personaje de Jeeter Lester intercambia a su hija por siete dólares y un cubrecama (McCullers, 2007a: 64-65).

realismo ruso y gótico sureño, y en consonancia con otros textos escritos por la novelista en aquel tiempo, dicho hermanamiento denota una llamada a la solidaridad con el pueblo judío y con toda Europa, a la vez que una demanda de igualdad y justicia universal. Fue precisamente para hacer este mismo llamamiento para lo que Carson McCullers escribió «Los extranjeros», un maravilloso cuento cuyo protagonista es un judío-alemán que tiene de Erika y, sobre todo de Klaus Mann, mucho más de lo que hasta ahora la crítica ha podido desvelar, pues diríase que en dicho texto la autora hizo del exilio de ambos, de cuyos tormentos y pesares supo de primera mano, una metáfora del exilio alemán y, por extensión, del exilio universal.

5. *«Los extranjeros»: el velado homenaje de Carson McCullers a los hermanos Mann y, a través de ellos, a los exiliados de todo lugar y todo tiempo*

El relato de Carson que lleva por título «Los extranjeros» se publicó póstumamente en la antología *The Mortgaged Heart*. Dicho texto narra el fugaz y fortuito encuentro entre dos pasajeros a bordo de un autobús de línea que viaja en dirección sur desde la «furia estridente» de Nueva York (McCullers, 2007b: 69). El primero es un pulcro y cortés judío-alemán de cincuenta años llamado Felix Kerr que se dirige desde Manhattan a Lafayetteville con la intención de establecerse allí; el segundo, que se incorpora al periplo durante el trayecto, es un afable y bisoño joven sureño que se dispone a visitar a su hermana embarazada con intención de ayudarla, si bien es la primera vez que se aleja «tanto de su casa» (McCullers, 2007b: 71). Cuando, al cabo de un buen

trecho, el muchacho se apea del vehículo y el judío sigue viaje hasta su destino, los dos pasajeros han reído y comido «en silencio con la lenta satisfacción de quien conoce el valor de los alimentos», de manera que, para entonces, han dejado de ser unos desconocidos» (McCullers, 2007b: 70) Sin embargo, solo cuando el joven abandona el autobús, nos desvela Carson el motivo del «oscuro e intenso pesar» que su efímero compañero de ruta lleva consigo:

Porque aquel judío sufría. Aunque cuidase sus gastados pantalones a cuadros, aunque hubiese comido con gusto y se hubiera reído, aunque aguardase esperanzado aquel extraño hogar nuevo al que se dirigía. No sufría a causa de Ada, su excelente esposa, a la que había sido fiel durante veintisiete años, ni por su hija pequeña, Grissel, que era una niña encantadora. Las dos –Dios mediante– se reunirían con él tan pronto como pudiera prepararles un hogar. Su sufrimiento tampoco estaba relacionado con la preocupación por sus amigos, [...] su seguridad y su contento. Sufría por su hija mayor, Karen, cuyo paradero y situación desconocía (McCullers, 2007b: 73).

Identificándose con el sufrimiento de su protagonista y, por ende, con el de miles de exiliados de carne y hueso que, en algún momento de su vida o hasta el fin de sus días, ignoraron el paradero de familiares y amigos, Carson dio forma en este cuento a uno de los pasajes más emotivos de su narrativa, pues en él muestra la descarnada entraña de una cicatriz aparentemente cauterizada pero a la que cualquier vibración repentina deja, nuevamente, en carne viva:

[...] el judío podía hablar de su hija con compostura y pronunciar su nombre sin que se le quebrara la voz. Pero cuando, en el autobús, vio a un anciano duro de oído inclinar la cabeza hacia un lado para oír algún fragmento de conversación, quedó a merced de su dolor. Porque su hija tenía la costumbre de escuchar con la misma inclinación de cabeza y de lanzar una mirada rápida solo cuando la persona que hablaba había terminado. Y el gesto casual de aquel anciano fue el aldabonazo que liberó en él la pena tanto tiempo contenida, de manera que hizo una mueca de dolor y bajó la cabeza» (McCullers, 2007b: 73).

Los estudiosos de la obra de la escritora sureña no terminan de ponerse de acuerdo en torno a la fecha de composición de este cuento. Pese a ello, considerando que la acción narrada en él transcurre a bordo de un autobús de línea que viaja desde Nueva York hacia un lugar inespecífico del Sur de Estados Unidos, la mayoría de los analistas sitúan su redacción en torno a 1935, cuando, bien por razón de los cursos de creación literaria que por entonces seguía en la Universidad, bien por la grave enfermedad que con quince años había irrumpido fatalmente en su vida, la futura novelista llevaba a cabo sus primeras y ya por entonces numerosas idas y venidas en bus entre su casa georgiana y la gran metrópoli neoyorquina. Sin embargo, en sus memorias, *Cambio de rumbo. Crónica de una vida*, Klaus Mann afirmó que le había impresionado el relato sobre «el negro y el refugiado judío-alemán» que la joven Carson le dijo estar escribiendo aquel 26 de junio de 1940, cuando se produjo su primer encuentro (Mann, 2007: 490). Desoyendo el testimonio del escritor alemán, algunos analistas siguen defendiendo que la autora sureña se habría limitado a

comentarle al mismo la trama de un cuento del que, en su opinión, esta habría redactado ya varios bocetos previos (Fresán, 2007: 67-68). Sin embargo, son muchos los motivos que hacen pensar que Carson no solo escribió este relato durante el período en que mantuvo estrechos contactos con los hermanos Mann, sino que tan bello cuento constituye, en verdad, su íntimo, callado y fraternal homenaje a estos, y a Klaus más en especial. A este respecto, y como ya antes apuntamos, en su autobiografía, la propia Carson McCullers manifestó que, poco antes de recibir el telegrama de Robert Linscott proponiéndole que se reuniera con él en el Hotel Bedford, le había escrito una carta a Erika Mann sin conocerla personalmente de nada porque necesitaba desesperadamente consejo para proseguir la novela en torno a un judío-alemán que acababa de emprender en aquel momento (McCullers, 2001: 52). En esa misma página de su autobiografía, la autora sureña dejó escrito que en la animada reunión que había tenido finalmente lugar en la habitación que la periodista alemana ocupaba en la referida hospedería, había hablado a los asistentes «de los planes de su nuevo libro» -como el diario de Klaus atestigua-, así como apreciado los consejos provistos al efecto por Erika, con quien, recordemos, Carson compartía un apasionado y enérgico deseo de combatir el fascismo, así como de que Estados Unidos dejará atrás su aislacionismo y se sumara a la causa de los exiliados, a quienes, como ya antes señalamos, la activista germana había venido socorriendo y auxiliando (McCullers, 2001: 52). Por otro lado, es muy probable que, bien durante las caóticas charlas en el número 7 de Middagh Street, bien durante la etapa en que escribió para *Decision*, la novelista

conociera por boca de Klaus o de su hermana las recientes y desventuradas desapariciones que la familia Mann había conocido. A este respecto, conviene recordar que a los pocos días de la firma del armisticio entre Francia y Alemania, es decir, casi en el mismo momento en que Carson, Erika y Klaus «se encontraron», este último había anotado en su diario:

29 de junio. Preocupación por Golo, tío Heinrich, [...] y otros que se hallan en Francia en paradero desconocido. Golo, que se había alistado en el ejército francés como voluntario checo, fue internado inmediatamente, como si Francia hiciese la guerra a los antifascistas y no a los fascistas. Las últimas noticias suyas antes de la *débâcle* procedían de un campo de concentración. Desde entonces ni una palabra, ni de él, ni del tío Heinrich, que probablemente se encontraba en Niza en el momento de la derrota. Rumores, desde luego, no han faltado. De Heinrich Mann se decía que había caído en manos de los nazis, [...], para poner aún peor las cosas (Mann, 2007: 495).

Asimismo, antes de que el 13 de octubre de 1940, gracias al bien hacer del periodista Varian Fry, tanto Golo como Heinrich Mann arribaran al puerto de Nueva York a bordo del vapor griego *Nea Hellas*, Klaus pudo haber informado a la novelista de la terrible odisea vivida por su hermana Monika Mann y su infortunado esposo, el historiador de arte de origen húngaro Jenő Lanyi. Y es que, justo un mes antes de la llegada a Estados Unidos de su hermano pequeño y de su insigne tío, la benjamina de la familia y su marido habían partido de Liverpool a bordo del transatlántico *SS City of Benares* para, en el marco de la Operación Pied Piper, evacuar a cerca de noventa niños británicos a

Quebec y Montreal³³. Sin embargo, el 17 de septiembre de 1940, el buque había sido torpedeado por el submarino alemán U-48, lo que, en breve lapso, provocó su hundimiento, a causa del cual perecieron 248 de los 406 pasajeros, Jenő Lanyi y 77 niños entre ellos. La mayoría de los supervivientes, como la propia Monika Mann, fueron rescatados por el destructor HMS Hurricane, que llegó 24 horas después al lugar del siniestro³⁴.

Teniendo todo esto en cuenta, quizá no sea en absoluto accidental que el protagonista de «Los extranjeros» sea oriundo de Múnich: la misma ciudad que vio nacer a Klaus y Erika Mann. De igual modo, tal vez no sea casualidad que Felix Kerr, el refugiado ficticio, emprendiera su exilio en 1933, el mismo año en que los hermanos Mann iniciaron el largo y doloroso periplo que, en agosto de 1936, los llevaría a refugiarse en Estados Unidos³⁵.

Solo estimando estos datos, es posible imaginar que, al igual que el joven sureño de «Los extranjeros» es capaz de entrever el sufrimiento bajo la calidez y afabilidad de su paciente compañero, Carson pudiera vislumbrar el

³³ Puesta en marcha por el gobierno inglés el 1 de septiembre de 1939, es decir, dos días antes de la declaración británica de guerra a Alemania, esta operación se emprendió con el propósito de salvar a la población civil de los bombardeos en áreas militares o urbanas reubicándola en otros lugares del Reino Unido, en diversas partes del antiguo Imperio Británico y/o en Canadá, Australia, Sudáfrica, Nueva Zelanda y Estados Unidos, sobre todo a partir de la constitución, en mayo de 1940, del Comité de Recepción de Niños de Ultramar. En 1945, al finalizar la misma, cerca de 3,5 millones de personas habían salvado sus vidas.

³⁴ Otros pasajeros, entre quienes se contaron la pianista clásica Mary Cormish, también a cargo de los niños evacuados, estuvieron más de una semana a la deriva en botes salvavidas, siendo finalmente auxiliados por, entre otros, el destructor HMS Anthony. A raíz del hundimiento del *SS City of Benares*, el Almirantazgo Británico resolvió poner fin a la evacuación de niños, máxime teniendo en cuenta que en agosto de 1940 había sido hundido ya el vapor holandés *Vollendam*, si bien en este caso los 321 pequeños a bordo se salvaron. Por su parte, el submarino U-48 siguió combatiendo en la II Guerra Mundial, llegando a hundir 51 buques aliados hasta que el 3 de mayo de 1945 fue barrenado en la bahía de Lübeck.

³⁵ Aunque Carson sitúa realmente la acción de «Los extranjeros» en agosto de 1935, en un pasaje del cuento se dice que el judío había abandonado su hogar en Múnich dos años atrás (McCullers, 2007b: 71).

dolor que se agazapaba en el corazón de aquellos enérgicos y resolutivos hermanos alemanes que parecían no tener tiempo para pensar en sí mismos de tan comprometidos como estaban en arrancar vidas de las fauces del fascismo. Por eso es muy posible que la escritora sureña, experta en mirar a los hombres por dentro, descubriera en alguna ocasión en sus gestos la misma aflicción repentina, el mismo mortal cansancio o el mismo pesado silencio que asalta al alter ego literario de estos en su cuento. No en vano, ella sabía que, como el protagonista de su relato, los hermanos Mann no eran viajeros ordinarios, pues

[...] no eran vecinos de la gran ciudad [...] y la duración de su viaje no había que medirla en horas, sino en años; no en cientos, sino en miles de kilómetros. E incluso tales mediciones sólo serían precisas en un sentido. [Su] viaje [...] se parecía más a un estado de espíritu que a una sucesión de viajes reducible a mapas y horarios. Detrás de él había un abismo de inquieto deambular, de suspense, de terror y de esperanza (McCullers, 2007b: 71).

6. Conclusión

En julio de 1941, cuando es muy probable que Carson hubiera rendido ya su particular homenaje a los hermanos Mann y, a través de ellos, a los extranjeros de todo lugar y todo tiempo, *Decision* se había transformado para Klaus en «un hijo problemático» (Mann, 2007: 519). A ello había contribuido el reducido número de suscriptores de la revista y la falta de interés del capital

americano en la misma³⁶, así como su propia inexperiencia en el terreno comercial y financiero, pues, llevado por el entusiasmo, el editor alemán se había embarcado en aquella empresa con unos medios relativamente escasos (Mann, 2007: 519). Sin embargo, en lugar de tirar la toalla al primer obstáculo, siguió luchando denodadamente por aquel proyecto al que, en el colmo de la desdicha, llegaría a referirse como a la «contra-felicidad» a la que servía (Mann, 2007: 521). Fruto de sus ímprobos esfuerzos, en los números de septiembre y octubre de 1941 vieron la luz sendas «antologías inglesa y alemana en tiempos de guerra» (Mann, 2007: 527). En ellas, literatura y contienda discurrían parejas, mas «¡sin patriotismo exaltado, sin despliegue de banderas ni ruido de sables!», con plena conciencia de los valores morales a los que no se podía renunciar, tanto para ganar la guerra, como para ganar la paz (Mann, 2007: 527). De igual modo, pese a estar ya para entonces irremisiblemente acosada por las deudas, en el número de noviembre de aquel mismo año, a *Decision* le cupo también el honor de dar a conocer al público norteamericano el primer poema de Carson, concretamente una composición titulada «The Twisted Trinity» en la que la escritora sureña dio cuenta de la desintegración de la compleja relación triangular que, durante el verano de 1941, había mantenido con su toda-

³⁶ Debido a ello, en su ensayo «La última decisión (1941-1942)», aparecido tras su muerte, el autor alemán vertió fuertes críticas contra relevantes figuras de la cultura norteamericana –la periodista Dorothy Thompson más especialmente-, a la par que, con evidente mordacidad, presentó a los supuestos representantes de la «vanguardia del liberalismo» como «gentes sin corazón, snobs, y egoístas; paralizados por su vanidad y obsesionados con el deseo de ganar dinero» (Mann, 2006: 96).

vía marido, Reeves McCullers, y el compositor judío-estadounidense David L. Diamond, quien, a su vez, pondría música a tales versos unos años después³⁷.

Tras el ataque a Pearl Harbour y la subsiguiente entrada de Estados Unidos en la II Guerra Mundial, Klaus Mann consideró que su revista había cumplido ya con creces su cometido, de manera que, en enero de 1942, entregó a la imprenta el último número de *Decision* y resolvió dar un giro radical a su compromiso político, optando en este caso por incorporarse al ejército norteamericano, el cual lo rechazó en varias ocasiones hasta que, tras ser nacionalizado, lo incorporó finalmente a filas en diciembre de aquel mismo año³⁸. Pese a este cambio tan drástico, en ningún momento Klaus y Carson perdieron el contacto. De hecho, fue este quien dio a la novelista la terrible noticia de la muerte de su común amiga Annemarie Schwarzenbach, fallecida a causa de un accidente de bicicleta tras permanecer varios días en coma en un hospital de la comuna suiza de Sils Baselgia.

Durante su formación como soldado en distintos acuartelamientos, Klaus tomó asimismo conciencia de un problema que Carson había venido abordando desde su primer libro y sobre el que, con toda certeza, los dos ha-

³⁷ Este poema constituye la primera versión del que, bajo el título de «Stone Is Not Stone», apareció publicado en la compilación póstuma *The Mortgaged Heart*. Por otro lado, posteriormente Carson publicaría otros poemas aislados, así como un cándido a la par que tierno volumen de poesía para niños titulado *Dulce como un pepinillo y limpio como un cerdito*.

³⁸ Dejando a un lado otro tipo de dificultades, la policía norteamericana consideraba sospechosas las actividades de algunas de las organizaciones de ayuda a los refugiados de las que Klaus Mann era miembro, pues para los servicios secretos estas no eran más que un pretexto para reacomodar en naciones latinoamericanas a comunistas europeos. Por consiguiente, del 20 de mayo al 4 de junio de 1942, el FBI llevó a cabo una investigación sobre la actuación pública y privada del escritor que motivó tales rechazos (Alborés, 1991: 33).

bían ampliamente discutido: el problema del racismo. A este respecto, en una carta a Erika fechada el 14 de noviembre de 1943, el escritor germano anotaría

Uno de los cuatro muchachos con los que comparto mi tienda [...] viene del estado de Alabama. Se llama Johnny, es una persona agradable, de apenas veinte años, dulce de expresión y de manera de ser. ¡Pero tenías que oírle hablar de los *f... nigger!* ¡Peor que un nazi! Pienso que un Alabama-Johnny de estos preferiría morir de hambre antes de sentarse a la mesa con un negro [...].

Lo que tan finamente se llama *segregation*, es decir, la separación consecuente e inflexible entre blancos y negros, se convierte aquí, en el ejército, en un escándalo insoportable [...] ¡Esto es inadmisibile! ¡No es justo! ¡Si esta gente es aceptable para luchar y morir por nuestro país, no puede ser inaceptable para nuestro *Service Club* o nuestra capilla! (Mann, 2007: 548).

Una suerte de «Alabama-Johnny» es justamente lo que se esconde tras el agradable y dulce joven sureño que, junto con el judío-alemán, protagoniza el relato de Carson «Los extranjeros». Dicha condición se pone en evidencia cuando sube al autobús una deforme, raquítica y ausente pasajera negra cuya exclusión solo el refugiado germano condena³⁹:

Mientras avanzaba por el pasillo del autobús para ocupar un sitio en el último asiento, el judío se volvió inquisitivo hacia el joven y le preguntó en voz baja, pero tensa:

- ¿Qué le pasa a esa mujer?

El otro se desconcertó:

³⁹ Muy probablemente, la figura de esta mujer de color sea la versión definitiva de aquel otro personaje negro sobre el que, tal y como la escritora le había dicho a Klaus Mann en su primer encuentro, iba a girar la novela que por entonces estaba escribiendo.

- ¿Quién? ¿Se refiere a esa negra?
- Chist... -le llamó la atención el judío porque estaban sentados en la penúltima fila de asientos y la recién llegada estaba exactamente detrás de ellos.
Pero el sureño se había vuelto ya y miraba hacia atrás con tal fijeza que el judío se estremeció.
- No sé, yo creo que no le pasa nada –dijo cuando terminó su escrutinio-. Nada que yo vea.
El judío se mordió el labio, avergonzado. Frunció el ceño y sus ojos se llenaron de inquietud. Suspiró y miró por la ventanilla, si bien, a causa de la luz dentro del autobús y de la oscuridad exterior, había muy poco que ver (McCullers, 2007b: 72).

Concluida su formación castrense, Klaus fue enviado al norte de África, desde donde acompañó a las tropas que llevaron a cabo la liberación de Italia, siendo luego destinado al departamento de propaganda ideológica del ejército aliado. Asimismo, a principios de marzo de 1945 comenzó a colaborar en *Stars and Stripes*, el periódico de las Fuerzas Armadas estadounidenses, para el que ejerció como corresponsal especial por Austria y Alemania. Por su parte, en 1943, Carson quiso trasladarse a Europa para trabajar allí como corresponsal de guerra, lo que resultó totalmente inviable debido a la enfermedad que padecía, la cual la acosó con inusitada virulencia en aquellos días.

Finalizado el conflicto, ambos contemplaron cómo en lugar de la «civilización indivisible» que habían ambicionado, de la paz y de la justicia definitivas, sobrevenía el peligroso y perturbador *impasse* de la «guerra fría», la cual está en el origen de la mayoría de las conflagraciones candentes que hoy devastan la vida de millares de personas en Afganistán, Yemen, Libia, Siria, etc.

(Mann, 2007: 525). Por ello, de seguir con nosotros todavía⁴⁰, los dos habrían sido testigos del renacer del espíritu militarista, del comercio criminal de armas acompañado de melifluos discursos sobre la reforma democrática del Ejército, la necesidad de la conciliación mundial, etc. Atónitos, de la boca de ciertos políticos y gobernantes, los dos habrían asimismo alcanzado a escuchar esas rimbombantes frases sobre la soberanía nacional que hoy preparan el terreno para el crecimiento de la intolerancia y la hostilidad en nuestra sociedad. Del mismo modo, los dos habrían tenido ocasión de comprobar cómo la no menos insidiosa violencia del capitalismo sigue causando estragos y condenando a miles de seres humanos al exilio; esos mismos seres humanos en quienes los «Alabama-Johnnys» de nuestros días no ven a criaturas desharrapadas y oprimidas, sino a acérrimos enemigos que esgrimen la precariedad de sus vidas como el arma mortífera destinada a acabar con el imperio y los privilegios de su democrática tiranía; esos mismos seres humanos ante quienes los «Alabama-Johnnys» de nuestros días se muestran como personas difamatorias e incrédulas, quizá porque su mundo está tan trastocado ya y ellos mismos tan temerosos de amar que la compasión y la benevolencia les hacen sentirse víctimas de una afrenta.

⁴⁰ Tras la II Guerra Mundial, Klaus Mann se sumió en una profunda depresión debido al olvido en que habían caído sus libros y él mismo, la falta de un empleo fijo, de estabilidad emocional y sentimental, su dependencia de la morfina, su marginación por su homosexualidad, su muy poco alentadora visión de Europa y el mundo occidental, etc., todo lo cual estuvo en el origen de su desesperada muerte, acontecida el 24 de mayo de 1949 en la ciudad francesa de Cannes mientras trabajada en una nueva novela: *The last day*. Por su parte, Carson McCullers falleció el 29 de septiembre de 1967 en su casa de Nyack tras una larga y dolorosa enfermedad.

Como los propios hermanos Mann, o como el Felix Kerr del cuento de Carson, los 70 millones de refugiados que hoy vagan a la deriva por continentes y océanos llevan también consigo un abismo de dolor y de rabia que solo mitiga su todavía más fuerte esperanza en la solidaridad humana. Por ello, en estos tiempos en los que la ideología imperante busca atomizarnos, ambos autores habrían considerado mezquina, cuando no abyecta, la idea de quienes aspiran a acondicionarse un acogedor y pequeño oasis en medio del caos general, erigiendo en su defensa alambradas, muros y cercas. No en vano, desde su fe poética, tan humana como la racional, los dos predicaron la religión de la fraternidad: esa soberbia amistad o «suprema hermandad, exaltada y desconocida» que, según proclamó el visionario poeta Walt Whitman, «aguarda y ha aguardado siempre, latente, en todos los hombres» y mujeres (Whitman, 1969). Luchando por situarla en un nivel superior de conciencia, Carson McCullers y Klaus Mann entregaron al mundo su verdad, su corazón, su esencia, haciendo de su proceder en la Tierra su más acabada novela, en las volátiles páginas de la cual todavía resuena su diáfano y portentoso canto, místico y libertario, alentado por el alegre gozo de hacerse bien a sí mismos sirviendo al prójimo; ese canto sobrecogedor y estremecido entonado en memoria de los inolvidables rostros perdidos en los inextricables caminos de la guerra y el exilio.

© Natalia Izquierdo

Bibliografía

- Benjamin, Walter. *El origen del drama barroco alemán*. Madrid: Taurus, 1990. Prólogo y traducción de Jesús Aguirre.
- Brecht, Bertolt. *Poemas y canciones*. Alianza Editorial: Madrid, 2006. Versión de Jesús López Pacheco sobre la traducción directa del alemán de Vicente Romano.
- Fresán, Rodrigo. «Prólogo y comentarios». En McCullers, Carson. *El aliento del cielo*. Seix Barral: Barcelona, 2007.
- Fry, Varian. *La lista negra*. Confluencias: Almería, 2015. Traducción de José Miguel Parra y Gabriel García Santos.
«La lista de Varian Fry»:
<http://www.rtve.es/alcarta/videos/documenta2/documenta2-lista-varian-fry/4114022/>
- Gide, André. *Regreso de la URSS, seguido de "Retoques a mi regreso de la URSS"*. Alianza: Madrid, 2017. Traducción de Carmen Claudín.
- Mann, Erika. *Precisamente yo*. Minúscula: Barcelona: 2002. Posfacio de Irmela von der Lühe y Uwe Naumann. Traducción de Cristina García Ohlrich
- Mann, Klaus. *Cambio de rumbo. Crónica de una vida*. Alba: Barcelona, 2007. Traducción de Genoveva Dieterich y Anton Dieterich.
- . *El condenado a vivir*. El Nadir: Valencia, 2006. Traducción de Luis Bonmatí Mingot.
- . *Hijo de este tiempo*. Minúscula: Barcelona, 2001. Traducción del alemán de Carlos Fortea.
- . *Huida al norte*. Cátedra: Madrid, 1991. Edición y traducción de Jesús Alborés.

- McCullers, Carson. *«El mudo» y otros textos*. Seix Barral: Barcelona, 2007a. Prólogo de Rodrigo Fresán. Traducción de José Luis López Muñoz.
- . *El aliento del cielo*. Seix Barral: Barcelona, 2007b. Prólogo y comentarios de Rodrigo Fresán. Traducción de María Campuzano y José Luis López Muñoz.
- . *Dulce como un pepinillo y limpio como un cerdito*. La Poesía, señor hidalgo: Madrid, 2007c. Traducción de Jeanette Lozano Clariond e ilustraciones de Dante Bertini.
- . *Iluminación y fulgor nocturno*. Seix Barral: Barcelona, 2001. Edición e introducción de Carlos I. Dews.
- . *The Mortgaged Heart*. Houghton Mifflin: Boston, 1971. Edición e introducción de Margarita G. Smith.
- Moreno Claros, Luis Fernando. «Klaus Mann, a la sombra del padre». *El País*, 25 de noviembre de 2006.
https://elpais.com/diario/2006/11/25/babelia/1164413838_850215.html
- Roosevelt, Eleanor. *Lo que aprendí viviendo*. Lumen: Barcelona, 2018. Traducción de Aurora Echevarría.
- Savigneau, Josyane. *Carson McCullers*. Circe: Barcelona, 1997. Traducción de Juan Abeleira.

Tippins, Sherill. *February House. The Story of W. H. Auden, Carson McCullers, Jane and Paul Bowles, Benjamin Britten, and Gypsy Rose Lee, Under One Roof in Brooklyn*. Houghton Mifflin Company: Boston, 2005.

Vaill, Amanda. «“February House”: Brooklyn Bohemians”. *The New York Times*, 6 de febrero de 2005.

<https://www.nytimes.com/2005/02/06/books/review/february-house-brooklyn-bohemians.html>

Whitman, Walt. *Hojas de hierba*. Lumen: Buenos Aires, 1969. Selección, traducción y prólogo de Jorge Luis Borges.